Lugares vacíos

Por las tierras olvidadas

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO

El lenguaje es heraldo de los hechos y la prueba fehaciente de su deriva, pensemos simplemente en Victor Klemperer y sus apuntes filológicos, reveladores en extremo, 'La lengua del Tercer Reich'. En el momento en que empezó a generalizarse hasta en los papeles el adjetivo rural se acabó la vida campesina. Nunca nadie verdaderamente de pueblo había usado semejante término. Fue importado desde fuera, a partir del éxodo galopante de mediados del s. XX, lo que Sergio del Molino llama en 'La España vacía' (Turner) el Gran Trauma, por quienes firmaron el certificado de defunción de aquel modo de existencia, por los expertos, demógrafos, etnógrafos, agentes socioculturales y demás especialistas de toda laya y condición, de la misma manera que el reputado y genial forense Friedrich Nietzsche expidió sucinta, gracianescamente, la muerte de Dios, que igualmente se había producido con anterioridad y estaba en el ambiente.

Desde entonces campo, lo que se dice vida campesina, apenas queda, por no decir que ha desaparecido. Del Molino, autor de la celebrada y estremecedora novela de título eliotiano 'La hora violeta', es, en parte gracias a la crisis, un urbanita convencido –por eso utiliza a menudo el adjetivo rural– que se embarca en un periplo por lo que resta del país interior y despoblado, insignificante y marginado, luego marginal, para intentar comprenderlo, si bien el ámbito agrario ahora no hay quien lo entienda, baste señalar la existencia de sindicatos, cuando hasta Marx, con el símil vejatorio del saco de patatas que cita Del Molino, dejó por imposible al campesinado, de un individualismo recalcitrante, impermeable a cualquier conciencia de clase, enojoso tanto para el liberal que para el marxista.

'La España vacía' es una especie de ensayo muy documentado y entretenido, en extremo original y sugerente, que suple con su impronta literaria el desconocimiento de la vida en los pueblos, que por otra parte escapa a su objetivo. Parte en sus consideraciones de 'Menosprecio de corte y alabanza de aldea', de Fray Antonio de Guevara, y acude luego a Cela, Azorín, Ciro Bayo, Unamuno, Galdós, Bécquer, Llamazares y un largo etcétera de escritores viajeros, muy bien traídos, incluso a Machado, con quien al cabo se identifica, a las distopías de Houellebecq o a los ensayos de Lipovetsky, Bauman y Zagajewski. No pretende «tampoco sustituir ni enmendar la plana al trabajo académico y especializado de geógrafos, antropólogos, sociólogos e historiadores», de cuyas teorías se ha empapado, si bien el análisis del trato político al campo durante el franquismo y de la Transición hasta hoy es ejemplar.

Aunque algunas conclusiones y juicios de valor puedan considerarse discutibles, el razonamiento es brillante; las digresiones (musicales, fílmicas, pedagógicas, quijotescas, estadísticas, cartográficas...), muy jugosas y el diagnóstico, inapelable. Por otra parte, los enfoques son variados y, en general, harto curiosos, hasta proporcionar una visión completa de la España olvidada, desde los mitos y arquetipos, la mayoría falseados, que han conformado su imagen, al contacto directo con «los rincones más perdidos» de su geografía, siempre en busca de la soledad y el silencio, de escapar al relato de lo mundano.

El propio Del Molino indica en un capítulo de 'La España vacía' que «pocos países como Argentina han hecho de la cuestión campo-ciudad un tópico tan recurrente», que abarca desde el decimonónico 'Facundo' de Sarmiento hasta el reciente 'El interior' de Martín Caparrós, pasando por el 'Martín Fierro' o 'Don Segundo Sombra', «casi dos siglos de mantra sin resolver entre la pampa salvaje y la metrópoli Buenos Aires». A esa tarea pendiente se aplica María Sonia Cristoff, natural de Trelew, en medio de la Patagonia, descendiente de emigrantes búlgaros y vecina de la capital, en 'Falsa calma' (Alpha Decay), con un estilo apretado, como nervioso, de frase corta al servicio, en vez de al ensayo, de la crónica narrativa, de lo que se llama literatura de no ficción.

Por las soledades azorinianas, que aparecen también en las memorias de uno de los primeros habitantes de un poblachón de Tierra del Fuego, con el aislamiento, para bien o para mal, como rasgo consustancial del carácter, bajo la advocación de Chatwin, Cristoff da voz a los lugareños que se va encontrando en los pueblos fantasmales de tierra raída y secarral como el de la portada, pocos, pues hay más perros que personas, pero las que quedan son duras como el pedernal: Martina, abandonada de niña, criada ambulante, malcasada con una estrella de rock, tres intentos de suicidio; la aguerrida Angélica, buena lectora, empeñada en conocer lo que hay allende la locura; Milka, emprendedora y catequista seudoevangélica de mujeres mapuches...Al final, queda un silencio espeluznante, las maneras antiguas, qué fue de los gauchos, como aquí, han desaparecido: «ahora los chicos ni subirse a un caballo saben».

Shirley Jackson, aunque natural de San Francisco, vi-

Ruinas del pueblo de Esco, abandonado en 1960 por la construcción de la presa de Yesa, en el río Aragón.
:: VINCENT WEST-REUTERS

LA ESPAÑA VACÍA
Sergio del Molino, Turner, 296 pp., 23 €.

FALSA CALMA
María Sonia Cristoff, Alpha Decay, 256 pp., 19 €.

CUENTOS ESCOGIDOS
Shirley Jackson, Minúscula, 168 pp., 18 €.

vió un tiempo en Vermont y conoció bien los intríngulis de la mentalidad campestre. Sobre su novela gótica, de terror psicológico, 'Siempre hemos vivido en el castillo', gravitaba ya el odio del vecindario. Uno solo de los relatos seleccionados ahora en 'Cuentos escogidos' (Minúscula), el más famoso de los suyos, por su dureza sin paliativos y la verdad última que encierra, 'La lotería', sobre un ritual de sacrificio propiciatorio para la cosecha, centrado en la figura del chivo expiatorio a partir de la crueldad innata y la propensión al chismorreo hiriente, bastaría para sostener esta afirmación.

El engrudo atávico de la tradición, que hacía tan retrógrada la sociedad rústica, tan impermeable a los cantos de sirena y a la infección ideológica de las revoluciones, además de la impiedad envidiosa hacia el vecino, entre otras lacras aldeanas, se manifiesta en toda su virulencia en este cuento angustioso, espléndido, un crochet directo, perturbador, al hígado pueblerino. Como el resto de los que conforman el volumen se atiene a la teoría del 'iceberg' de Hemingway: solo leyendo, entre líneas, los diálogos y reparando en incidentes mínimos puede intuirse el trasfondo de las historias.

Como apéndice, aparte de dos jugosas conferencias, una, puerta de entrada en su conclusión del relato 'La noche en que tuvimos gripe' y otra a modo de notas de sesgo metaficcional dirigidas a un joven aspirante a escritor, muy prácticas y concretas sobre la mecánica de la escritura para llevarse sutilmente al huerto al hipotético lector, la propia autora aborda la fortuna de su cuento estrella, refiere las inauditas reacciones de algunos lectores y confiesa cómo lo concibió y cómo lo escribió de un tirón y sin apenas correcciones una luminosa mañana de junio. No le gustó nada ni a su agente ni al editor, pero en cuanto vio la luz se armó un revuelo de cuidado, palpable en cientos de cartas agresivas, incluso de algún trastornado, la mayoría groseras e iletradas, de las que S. Jackson ofrece una muestra, de fragmentos seleccionados, ciertamente alucinante. Como para dejar de escribir, sin duda.

Pese a la mecanización de las labores agrícolas, el progreso solo puede desarrollarse en las urbes. La ciudad, por añadidura, atempera lo que en los pueblos se magnifica. En los lugares de escasa población no hay olvido, las miserias se agrandan y los odios ancestrales, heredados generación tras generación. La ventaja de los núcleos pequeños de población es que la escasez de población disminuye el ruido ambiental y favorece al espíritu, pero, sobre todo si hay ganadería de por medio, día sí y día también la Guardia Civil tiene que dirimir las rencillas tratando de evitar que los que quedan, degradados y envilecidos por el aislamiento emocional, engrosen la crónica de sucesos, al modo de lo sucedido en Puerto Hurraco o en Fargo, perdón, Fago, que Del Molino evoca con maestría.

Del Molino: «Pocos países han hecho de la cuestión campo-ciudad un tópico tan recurrente»

«La ciudad atempera lo que en los pueblos se magnifica»

Si bien las ventajas mentales de la vida campestre frente a la urbana, que John Fowles cifraba en 'El árbol' entre «el paraíso verde» y el «limbo gris», me parecen indudables, sin entrar en análisis sociológicos ni psicológicos siempre he pensado que la condición humana, ahí te quiero ver, se expresa en puridad en los sitios donde conviven pocas personas; cuantas menos, más se desata lo peor del hombre. De ahí que, aparte de las revoluciones industriales y demás causas económicas, el personal prefiera el cobijo anónimo de las ciudades, donde los instintos se diluyen o no se manifiestan tan a las claras y tan en bruto. La crudeza inclemente de la convivencia, a mi juicio, aumenta de forma inversamente proporcional al número de habitantes que viven en un lugar, tal vez incluso a causa, como señala Cristoff, de «la monotonía del paisaje» y «la brutal presencia del cielo».

Por ahí iría lo de la sangre de Caín machadiano, aunque lo justo sea señalar que también la bondad en estado puro resplandecía en hombres honrados, cabales, de una pieza, difíciles de encontrar en las ciudades, donde resulta prácticamente imposible no malearse seriamente y para siempre. Ahora estos hombres buenos ya no existen, claro, igual que se ha desintegrado la vida campesina, convertida en rural, si no neorrural, palabro harto indicativo, que es otra cosa, el trasplante o implante del proceder urbano, sea ecologista o naturalista o como quiera disfrazarse, a los pueblos.